

ENSAYO SOBRE EL EVANGELIO

EL MISTERIO DE DIOS REVELADO EN CRISTO

Corica, Mariano Ángel

Ensayo sobre el evangelio : el misterio de Dios revelado en Cristo / Mariano Ángel Corica. - 1a ed. - Rafaela : Mariano Ángel Corica, 2022.

184 p. ; 22 x 14 cm.

ISBN 978-987-88-3227-2

1. Evangelio Cristiano. I. Título.

CDD 243

ENSAYO SOBRE EL EVANGELIO

El misterio de Dios revelado en Cristo.

© 2022 por Mariano A. Corica

Corrección: Anneliese Folta

Diseño de portada: www.browsing.com.ar

Impreso en Argentina

1° Edición, 2022.

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio sin permiso del autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley N°11723

A menos que se indique otra cosa, todos los textos bíblicos están tomados de la versión Reina Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas.

Contacto: contacto@marianocorica.com.ar - www.marianocorica.com.ar

ENSAYO SOBRE EL EVANGELIO

EL MISTERIO DE DIOS REVELADO EN CRISTO

Mariano A. Corica



CONTENIDO

Palabras preliminares:

Las motivaciones de este escrito.....	11
---------------------------------------	----

PRIMERA PARTE.

Aproximaciones necesarias para la comprensión del evangelio.

CAPÍTULO I:

Primera aproximación:

Un llamado a alcanzar la gloria de Cristo.....	17
--	----

CAPÍTULO II:

Segunda aproximación:

Una cuestión de fe.....	27
-------------------------	----

CAPÍTULO III:

Tercera aproximación:

Niveles de conciencia.....	39
----------------------------	----

SEGUNDA PARTE

Aspectos teológicos y existenciales del evangelio.

CAPÍTULO IV:

La conciencia de uno mismo no está separada de la conciencia del pecado.....	53
--	----

CAPÍTULO V:

Tanto la ira como el amor de Dios se manifiestan más eminentemente por causa del pecado.....	71
--	----

CAPÍTULO VI:

La obra redentora de Cristo es la respuesta del evangelio.....	77
--	----

CAPÍTULO VII:

El resultado de vivir la conciencia de uno mismo abre la puerta hacia la posibilidad de la conciencia del espíritu.....	89
---	----

CAPÍTULO VIII:

La conciencia del espíritu es una obra de Dios que inicia cuando, convencido por él, el hombre reconoce su imposibilidad.....	99
---	----

CAPÍTULO IX:

La fe en la obra redentora de Cristo es la única manera
de acceder a la conciencia del espíritu.....103

CAPÍTULO X:

La conciencia del espíritu es la conciencia de Dios en una nueva
naturaleza (nueva creación) que se opone a la naturaleza
del pecado.....107

TERCERA PARTE.

El evangelio manifestado en el nuevo hombre.

CAPÍTULO XI:

La nueva naturaleza se manifiesta en la sanidad.....125

CAPÍTULO XII:

El alma se despoja de la vieja naturaleza y se somete más
intensamente al Espíritu y a la nueva naturaleza mediante
el sufrimiento.....137

CAPÍTULO XIII:

La nueva naturaleza se afirma en el amor de Dios.....151

CAPÍTULO XIV:

El amor a Dios se manifiesta en la conciencia del otro,
que se moviliza hacia el otro, y solo a través de la conciencia
del espíritu.....161

Palabras finales:

Dios es el amor.....173

*...a quienes Dios quiso dar a conocer
las riquezas de la gloria de este misterio [...]; que es Cristo
en vosotros, la esperanza de gloria.
Colosenses 1.27*

Palabras preliminares: *Las motivaciones de este escrito*

La noche está avanzada, y se acerca el día.
Romanos 13.12

Vivimos en una época que puede parecer caótica, una en la que se alzan muchas voces y lo hacen a una velocidad cada vez más frenética. Frecuentemente siento la necesidad de acallar todo ese ruido para absorber el silencio y poder escuchar. Ese silencio se transforma en un espacio íntimo, en el que pretendo exponer con franqueza mis creencias y reconsiderarlas. Así, una pregunta permaneció interpelando mi corazón durante muchos días, la misma que motivó este ensayo. Es una pregunta relativamente simple: ¿Qué es el evangelio?

En medio de un tiempo de adversidad y dudas insostenibles, he tenido la determinación de buscar respuestas sinceras a esta pregunta que me ha sido fundamental. Digo sinceras porque es cierto que, si uno quisiera, podría responderla sin entregarse a ella. Pero la respuesta que satisface plenamente a la pregunta exige un compromiso profundo, una búsqueda intensa, vivencial y, sobre todo, espiritual. Me la he formulado como si yo mismo me fuera ajeno, sin admitirme ningún tipo de condescendencia, como si no fueran suficientes las palabras o la razón, con una necesidad voraz de contrastar y constatar esas verdades y su trascendencia en mi propia vida. Es que si quisiéramos esbozar una respuesta como si fuese un ejercicio académico, bastaría con el desarrollo de los temas, de las explicaciones, de las citas, etcétera. Pero faltarían

las sombras, las dudas, las luces, los contrastes, la lucha interna. Faltaría la sed y, arriesgo, faltaría la verdad en la carne.

Aquella pregunta bien podría abrirse: ¿Qué evangelio creo? ¿Qué evangelio vivo? ¿Ha llegado verdaderamente a mí la frescura del evangelio? ¿He dejado el espacio suficiente para que el evangelio fructifique en mi corazón? ¿Cuál es el grado de intervención divina en mi vida? ¿Hasta dónde se lo he permitido? ¿Dónde está puesta mi confianza? ¿Es verdad en mí la fe que profeso, es decir, la puedo ver en mi camino diario? ¿La puedo reconocer en mi vida más íntima? A medida que transité la escritura de este libro pude ver mis falencias frente al evangelio. Me llevó por caminos desiertos, de profunda contemplación y honestidad respecto a la clase de fe que sostengo y cómo esto impacta en mi vida, en mis actos, en mis relaciones con otros y con Dios. Puedo decir, sin avergonzarme, que se han caído algunas máscaras.

El evangelio, en cuanto misterio, no es una suma de dogmas o doctrinas a las que uno se acerca como un estudioso o como un mero espectador; más bien, mediante el poder del Espíritu y de las Escrituras, el evangelio debe penetrar hasta las fibras más íntimas de su interlocutor, debe iluminar la conciencia, debe mostrar el poder transformador de la presencia de Dios, debe dar la certeza de que Dios se ha revelado en tanto se manifiesta un conocimiento pleno de la persona de Jesús.

Como dije, escribí estas páginas impulsado por una búsqueda interna y sincera que me llevase a comprender el evangelio. Digo comprender porque es bastante claro que responder aquella pregunta implica cierto grado de comprensión, aunque dudo si sea la palabra exacta. Comprender el evangelio ¿no es eso acaso reducirlo, limitarlo, coartarlo? Posiblemente. Intentar comprender a Dios encierra un peligro, cierta insensatez. En esta materia, resulta probable que la racionalización pueda llevarnos a la institucionalización de la fe, a pretender confinarla como si fuera una de esas dogmáticas y pretenciosas fuerzas increadas, determinadas y absolutas.

Por un lado, pensar que Dios puede ser objeto de comprensión y, por decirlo de algún modo, dogmatismo, puede ser delicado. Por otro lado, sin embargo, no comprender su revelación

en el evangelio puede ser incluso más delicado. La comprensión espiritual de lo que Dios ha revelado de sí mismo es alimento para la fe, un paso adelante para ella. La fe, como la concebimos, no necesita comprender ni ser comprendida: es la razón quien necesita hacerlo. Comprender sosiega a la razón; y, en este caso, comprender el evangelio puede ayudar a la razón a saltar hacia la fe, a entregarse a la fe, a supeditarse a la fe. Creer es suficiente para la fe, así como la incredulidad anula totalmente sus posibilidades. Pero, añadir a la fe la comprensión de aquello que es revelado por Dios es crecer en el conocimiento de Dios. Comprender el evangelio se logra, en definitiva, al caminar con Jesús y abrir el corazón para que arda con su voz. La comprensión espiritual enciende la llama en el interior con un fuego eterno. No solo hay un sentido racional y una coherencia, sino también una certeza inconmovible y apasionada, una demostración palpable, un amor vivo que envuelve, sana, activa y persevera. ¡Por supuesto que esta comprensión espiritual no será sino a la sombra de muchas dudas y contradicciones! Aun así, ¡qué gran victoria será poder vencerlas! Recibir, luego de la larga noche, el alba y su esperanza.

No puedo menospreciar la noche. Ella fue el combustible necesario para que se encienda la llama de esta búsqueda. Ella mostró su profundidad más oscura, su terror más violento. Y no puedo dudar: ella siempre acecha. Pero ya va naciendo el día. ¡Qué distinta es la luz cuando la oscuridad ha calado hondo! ¡Cuán delicioso es el calor del día para el que ha conocido la noche y su intemperie! ¡Pobre débil!, dirá el espíritu libre. Pero yo no quiero sino gozarme en mi debilidad. Fue Dios quien ha venido en mi ayuda.

Es necesario que el conocimiento del evangelio legado de una generación a la siguiente, comunicado de una persona a otra, o incluso entendido en el estudio personal, sea vivenciado en un ciclo de aprendizaje más allá de la mera transmisión o adquisición de conocimiento racional. Es necesario que caminemos y avancemos siempre bajo la potencia y la guía del Espíritu Santo, y que con su ayuda podamos replantearnos, redescubrir, revivir y reflejar personalmente las preguntas y también las respuestas. Recuerdo ahora las palabras de Kierkegaard, cuando expresó:

«En el momento en que convierto en doctrina el cristianismo y acudo a mi elocuencia, inteligencia, suspicacia o imaginación para presentar las verdades que lo sustentan, las personas quedan muy impresionadas. Se me considera un cristiano serio. En el momento en que busco expresar a través de la vida lo que quiero comunicar, es como si mi existencia explotara».¹

En cuanto a este libro, he buscado soporte y he citado a algunos teólogos, filósofos —sobre todo existencialistas— y también a referentes de diversas disciplinas, que me han ayudado a reflexionar. Sin embargo, este escrito es eminentemente *religioso* antes que *filosófico o científico*; por eso, las Escrituras son su base fundamental. He pedido al Espíritu Santo la guía y la potencia para no escribir nada que no haya vivido ni creído profundamente.

El libro está dividido en tres partes. En la primera, reflexionamos acerca de las aproximaciones necesarias para abordar el evangelio en el contexto de su propósito, de la supremacía de la fe para acceder a su misterio y de la ontología del hombre para comprender cómo el evangelio lo trasciende. Luego, en la segunda, tenemos un acercamiento teológico y existencial, para ver las verdades fundamentales reveladas en el evangelio. En la tercera, meditamos sobre las implicancias prácticas que suponen vivir el evangelio.

Cerrando estas palabras preliminares, deseo aclarar que no pretendo convencer a nadie, ni hacer de este escrito un tratado, ni una suma teológica. Este ensayo, más bien, es un espacio de reflexión privada que me gustaría abrir para dialogar, una expresión sencilla de aquella instancia personal que pidió dar respuestas a una búsqueda, como dije al principio, íntima.

PRIMERA PARTE

*Aproximaciones necesarias
para la comprensión
del evangelio*



CAPÍTULO I:

Primera aproximación: Un llamado a alcanzar la gloria de Cristo

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

2 Tesalonicenses 2.13-14

El evangelio es un llamado a la salvación y su finalidad es que el hombre pueda alcanzar la gloria de Cristo. El evangelio es el mensaje mediante el cual se manifiesta el llamado a conocer, a abrazar y a disfrutar a Jesucristo. Esta salvación es amplia, y se obtiene mediante la fe en la verdad y la santificación que nos provee el Espíritu Santo.

Cuando esta verdad ilumina la mente se hace difícil no reaccionar con fascinación. En mi caso, debo confesar que, aun en mi emoción, no sabía por dónde empezar a desmenuzar este concepto. Reconocía que había un tesoro espiritual escondido allí, pero no podía ver cómo asirme de él.

Cuando me pregunté genuinamente acerca de la razón del evangelio, o para qué necesito creerlo, el Espíritu respondió con la luz inocultable de las Escrituras. Brillaba y resonaba constantemente en mi mente y en mi corazón esta frase del texto: «para alcanzar la gloria de Cristo». Cuando meditamos en el evangelio,

entendemos que es el medio que Dios quiso utilizar para llamar al hombre hacia una dimensión mucho más alta que en la que naturalmente está. Alcanzar la gloria de Cristo implica encontrar y aprehender en Cristo el tesoro más caro de nuestro amor, nuestra propia identidad, la trascendencia, el peso, la copiosidad, la sustancia más profunda de la existencia. Es, por decirlo de alguna manera, alcanzar el punto más alto de nuestras posibilidades y esperanzas.

Ya a simple vista se muestra ante nosotros que una de las palabras clave del texto es *alcanzar*, en los escritos más antiguos: **περιποιησιν**,² palabra que nos da la idea de apropiarse de una cosa, de poseerla y conservarla.³ Jesús dijo que «el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró».⁴ Estas palabras de Jesús nos llevan a considerar, al menos, cuatro actitudes de aquel que alcanza o pretende alcanzar: búsqueda, expectativa, renuncia y posesión.

El hombre busca porque percibe que Dios lo llama. Cuando Jesús eligió a sus discípulos, «llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él».⁵ A Leví le dijo: «Sígueme», y él, «dejándolo todo, se levantó y le siguió».⁶ La poderosa voz del evangelio resuena en ese llamado. La potencia que libera este llamado es la mismísima voz de Dios que está reclamando a los suyos. Esta no es una mera atracción hacia la religión, o un interés en algún tipo de espiritualidad, sino más bien la irresistible voz de Dios atrayendo a sí mismo a los que él quiere. Ellos responden al llamado de modo irrenunciable al ver lo que no se ve, al reconocer a aquél que los llama. Ellos son movilizados en sus entrañas ante ese llamado al punto que, dejándolo todo, lo siguen. Alcanzar a Jesucristo nos compromete a responder el llamado, a quitar de nosotros la pasividad, la frialdad, la sequedad, la autocomplacencia. Implica salir de uno mismo y moverse hacia él en una constante búsqueda y en una expectante tensión.

El evangelio es el llamado, la voz que tracciona, y también es la respuesta. Nada importa más al hombre de fe que tener un

encuentro con Dios, un llamado que le revele a Dios y que lo lleve a él. Sin dudas, encontrará en el evangelio esa respuesta y, cuando lo haga, no habrá nada más importante. ¡Qué viva imagen nos dejan las Escrituras cuando nos relatan el momento en el cual los discípulos se dieron cuenta de quién era Jesús realmente! Antes que Jesús se transfigurara frente a ellos, estos perseveraron en dejar de lado sus deseos naturales de dormir. Solo así pudieron ver con sus propios ojos y experimentar en carne viva lo que los afirmaría para siempre, lo que se transformaría en la razón por la cual, finalmente, darían su vida: «más permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús». ⁷

¿Cómo puedo saber que quiero conocer a Cristo y darme cuenta de quién es él, es decir, alcanzarlo? Hay un intenso y sobrenatural deseo de permanecer despierto para verlo como él es, esto es, nada hay más importante ni urgente que buscarlo y conocerlo. En el evangelio, alcanzar algo de este modo implica soltar, renunciar a lo demás. Pablo mismo decía: «Cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús». ⁸ También dijo: «Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios». ⁹ ¿Cómo puedo, entonces, saber que estoy dispuesto a alcanzar a Cristo? Porque no tengo dudas en dejar todo atrás. ¿Cómo puedo saber si estoy en camino de alcanzarlo? Porque ninguna otra cosa atrae con mayor intensidad mi atención, mi afecto, mi admiración, mi amor. ¿Qué importan las desavenencias de la vida?, ¿qué importa la circunstancialidad?,

¿qué valor tiene lo logrado, o lo obtenido? ¡Nada, ninguno! Nada ni nadie importan más que él, y no dudaría un instante en atravesar lo que sea, incluso, en dejarlo todo, solo para alcanzarlo.

Es interesante observar la relación entre la profundidad a la que debemos llegar para alcanzar las alturas más altas. A la vez que profundicemos más en Cristo y nos identifiquemos más con él, también nos elevaremos más en él. Asimismo, cuanto más profundicemos en nuestras propias falencias, más podremos valorarlo a él. Alcanzar a Cristo empieza con buscarlo, con estar expectante de conocerlo, de reconocer su voz y su valor, y continúa con la firme decisión de renunciar a todo lo propio y desprenderse de la vanidad. Para el hombre, que es naturalmente vano, este puede ser un difícil, pero al fin satisfactorio, camino de renuncia que lo lleva a alcanzar el gozo eterno.

Estos mismos pasajes, en especial el de la transfiguración, nos introducen a otra de las palabras clave: *gloria*. Hablar de gloria puede parecer extraño. En primer lugar, por el nivel de abstracción que el propio concepto supone; en segundo lugar, porque quizá sea infrecuente de experimentar; en tercer lugar, porque aun experimentándola puede ser muy arduo expresar lúcidamente las sensaciones de la experiencia.

En aquellos primeros manuscritos, la palabra que se utiliza es *δοξής*,¹⁰ y tiene una etimología más compleja para la cultura judeocristiana que para la griega. Los griegos —como los occidentales en general— pensaban la gloria como la fama, el honor o la grandeza que alguien tenía a través de su majestad, de su poder o de las proezas y hazañas que podría haber realizado. Sin embargo, el concepto que utiliza el apóstol Pablo expresa una idea con sus raíces en la cultura judía. Para los judíos, la palabra *gloria* era de un peso extraordinario, generalmente era reservada para mencionar la presencia de Dios en medio de ellos.

Pocas generaciones en la historia judía habían contemplado de cerca la gloria que irrumpía en el mundo físico, manifestando la presencia de Dios. Cuando la presencia de Dios era patente mediante su gloria, había invariablemente una conmoción física en el ambiente en el que se manifestaba. Veamos algunos relatos de las Escrituras que lo ejemplifican: Dios se manifiesta al pueblo

de Israel en el desierto para darse a conocer como su Dios, y llama a Moisés para darle las tablas de la ley. El texto bíblico dice: «La apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel»;¹¹ «He aquí Jehová nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego; hoy hemos visto que Jehová habla al hombre, y este aún vive».¹² O cuando Moisés dedica el tabernáculo: «No podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba».¹³ Y otra vez, de forma similar, cuando Salomón dedica el templo: «Descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa. Y no podían entrar los sacerdotes en la casa de Jehová, porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová».¹⁴ También hay ejemplos semejantes en los relatos de los profetas. Entendemos, por todo esto, que *gloria* tiene implicancias en una *manifestación palpable e indubitable* de la presencia de Dios.

Si volvemos a la escena de la transfiguración, podemos advertir que los discípulos quedaron conmocionados por lo que vieron y experimentaron allí. Ellos tuvieron temor porque, a pesar de que esa manifestación concreta les era desconocida, reconocieron en ella a Dios y, más aún, reconocieron la divinidad de Jesús. Esto les abrió la mente a la verdad espiritual de que estaban frente al Dios encarnado, y fueron específicamente direccionados a la fe: «Vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd».¹⁵ Es cierto que Dios se ha manifestado al hombre a lo largo de la historia; no obstante, ver a Dios nunca fue posible antes de Cristo. La más gloriosa, perfecta y universal manifestación de su presencia ha sido materializada en Cristo, el Verbo encarnado.

Inspirado por el Espíritu, pero también impactado por esta escena que había presenciado y que había quedado grabada a fuego en su corazón, Juan abre su evangelio proclamando a Cristo como Dios. Cristo es «la vida» y «la luz de los hombres», la síntesis Dios-hombre «lleno de gracia y de verdad» que se manifestó a la humanidad, para hacer visible al Dios invisible: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios [...] En él

estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres [...] Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo [...] Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad [...] A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer».¹⁶ Asimismo, el autor de la carta a los hebreos declara por el Espíritu esta misma verdad: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas».¹⁷

Las Escrituras atestiguan, vez tras vez, que Cristo es la manifestación encarnada de Dios, y la conciencia de esta verdad en el espíritu del hombre lo afirma en Dios constantemente: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios».¹⁸ Cuando el hombre, convencido por el Espíritu, ve y confiesa a Cristo como la manifestación de Dios que puede devolverlo a él, entonces se reconcilia con Dios, vuelve a Dios, «es de Dios».

La manifestación de la gloria de Dios puesta al alcance del hombre viene a luz mediante el evangelio, y la fuerza del evangelio está en que nos conduce a la persona de Jesús. Si no fuera por Jesús, Dios sería el Dios que no puede ser conocido, «el Dios no conocido».¹⁹ A los patriarcas Dios se les reveló como el omnipotente, el todopoderoso, el suficiente. A Moisés se le reveló como *el Dios que es*,²⁰ *YHWH o Jehová*, aunque su esencia fue vedada, pues no le permitió conocer más que su espalda, su nombre y sus obras. No obstante, «nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara».²¹ Asimismo, las Escrituras relatan que Dios se ha revelado en diversos momentos y con diversos nombres. Todos ellos expresaban características de la manifestación de su potencia y de su capacidad de intervenir en las distintas realidades humanas. La notable diferencia es que, en Jesucristo, se revela a sí mismo como el que viene a salvar; y

no lo hace en virtud de un nombre, sino de una persona. Dios ya no es conocido solo por lo que puede, sino que además es conocido porque, habiéndose hecho hombre, establece una relación personal, cercana, íntima con cada uno de los que creen en él.

Sin embargo, la manifestación de Jesús mediante el evangelio puede ser encubierta por el pecado y por la incredulidad. Por causa del pecado las personas están separadas de Dios, «por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios».²² Por causa de la incredulidad, que reviste el entendimiento y el alma de una densa oscuridad, el hombre se mantiene alejado y no puede volver a Dios. En cambio, el evangelio viene a iluminar la mente y el corazón de la persona que se abre a la manifestación de Dios cuando, por la fe, le muestra a Jesucristo. Pablo decía: «Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo».²³

A medida que el evangelio domina en la mente y en el corazón, el ser humano puede tener mayor dimensión y más exacta comprensión de la gloria de Cristo, de su manifestación sobrenatural y, sobre todo, de su persona. Mediante el evangelio, el hombre aprende una sensibilidad sobrenatural a la voz de Dios que le engendra mayor fe, mayor luz, mayor gracia, mayor humildad. La voz de Dios, que llama al alma sedienta que lo busca, hace eco en la fe y abre la mente, así como en el cielo se filtra la luz del sol luego de la noche o de la tormenta. Sin titubear, esa alma acude al llamado porque «la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecen contra ella».²⁴

No son pocas las referencias bíblicas de estos conceptos y de los vínculos que se tejen entre sí. La gloria de Dios tiene relación directa con la luz y con la santidad, con la fe, con la verdad y con su manifestación en la persona de Jesucristo. Él Espíritu convierte a

la persona, le muestra a Cristo, la acerca, la transforma, la bendice y la impulsa a hacer sus obras: «Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz»;²⁵ «¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Dios, la luz de tu rostro»;²⁶ «Aparezca en tus siervos tu obra, y tu gloria sobre sus hijos. Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros, y la obra de nuestras manos confirma»;²⁷ «Manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él»;²⁸ «La gloria que me diste, yo les he dado»;²⁹ «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor».³⁰

Oímos y vemos el constante llamado del evangelio cuando atestigua de la incansable búsqueda de Dios hacia las personas, a la vez que expone la respuesta que las personas que buscan a Dios están esperando. El objetivo principal del evangelio es encaminar a gente imperfecta y separada de Dios a la salvación que hay en Cristo de modo que puedan ver, reconocer, disfrutar y manifestar la *presencia de Cristo*. El evangelio es la llave que abre la cerradura para alcanzar la gloria de Cristo, es el mensaje que tiene la potencia de acercar y reconciliar al ser humano con Dios.

Otra vez se abre ante nosotros la realidad de que ninguna verdad del evangelio puede ser un dogma especulativo o abstracto; por el contrario, todas las verdades del evangelio, reveladas por las Escrituras y por el Espíritu, nos conducen a vivir y a conocer a Jesucristo. La gloria de Cristo se abre ante el creyente iluminándolo, y esto tiene un impacto concreto en su vida de modo que esa gloria se manifiesta inocultablemente en la vivencia cotidiana. Además, esa gloria lo dota de una esperanza viva que tiene implicancias eternas. El fin último de la verdad revelada en el evangelio es que la persona que cree pueda alcanzar a Cristo efectivamente y por la eternidad.

Ahora bien, como dice el texto, la fe en la verdad es condición necesaria para la salvación. La fe no puede ignorar la verdad, puesto que la fe solo puede ser depositada en la verdad. La fe identifica la verdad, se aferra a ella, la sigue y la conoce. Spinoza dice que la fe «no tiene en cuenta sino la obediencia y la piedad»

mientras que «la filosofía no tiene por objeto sino la verdad».³¹ Sin embargo, entendemos que si la fe no tuviera sus bases en la verdad, daría lo mismo creer en la mentira con tal que fuera obedecida, pensando sinceramente que así se obedece a Dios. Pero entendemos que la fe debe depositarse en la verdad, porque la verdad es absoluta y suprema cuando es verdad revelada por Dios. A la fe no le interesa si la verdad ha sido probada por el razonamiento humano. La verdad que sí le incumbe a la fe se ha revelado plenamente en Jesús, que dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis y le habéis visto».³² Por el Espíritu tenemos la certeza de que la fe en la verdad es la fe en Jesucristo.

La presencia de Dios se manifiesta constantemente dentro de la persona que cree en Jesucristo. Pero la persona de fe no puede renunciar a la búsqueda de Dios, debe buscar aquella manifestación insistente e infatigablemente. Debe ser solícito en mantener fresca la conciencia de la presencia de Dios en su vida, atesorarla y apreciarla, sin dejar de hacerlo ni un solo instante. El hombre no debería permitir que su sensibilidad a la presencia de Dios se suspendiese por la presencia del pecado. Sabemos que el pecado inhibe la presencia de Dios no porque sea más poderoso, sino porque el pecado que permanece en el hombre —por rebeldía, o por falta de fe— evidencia que ha dejado de creer y de apreciar a Dios como lo más importante, poniéndose a sí mismo como objeto de su propia fe y deseo. La presencia de Dios, sin embargo, no permanece inactiva. El Espíritu busca a la persona para hacerle saber que ha dejado de amar a Dios por sobre todas las cosas. Si el hombre le quita la primacía al pecado —confesándolo y renunciando a él— y vuelve a poner a Dios en primer lugar, entonces el Espíritu volverá a manifestarse dentro de él.

Así, la santificación en el Espíritu es otra condición necesaria para que la presencia de Dios sea constantemente consciente en el hombre y este viva realmente la salvación. El hombre tendrá conciencia de Dios, manifestándose en él y a su favor, cuando no permita que nada tenga mayor valor que Dios mismo, y como fruto

de esa valoración, buscará agradarlo sin reservas, obrando solo lo que Dios obra y amando solo lo que Dios ama.

Teniendo todo esto en mente podemos ver cómo se simplifica y enfoca el evangelio. Rápidamente entendemos qué es el evangelio y qué no lo es. Todo mensaje que deje de llamar al hombre a la reconciliación con Dios, que no le muestre la presencia del pecado en su vida, que le oculte la necesidad de ser salvo, que no lo impulse a alcanzar la gloria de la persona de Cristo, que no fructifique en evidencias concretas de la manifestación de Cristo, que no allane el camino y potencie al hombre para vivir en santidad y en deleite espiritual, entonces, ese no es el mensaje del evangelio. Por el contrario, el mensaje del evangelio es un claro y contundente llamado a recuperar la gloria de Dios como el hábitat espiritual del hombre mediante el arrepentimiento, la fe, la santidad, el amor y el crecimiento en el conocimiento verdadero de la persona de Jesucristo.

Concluimos, entonces, que el evangelio es un llamado a la salvación mediante la fe en Jesucristo y la santificación en el Espíritu, es decir, un llamado de Dios a las personas, cuyo fin es que ellas accedan y permanezcan en constante comunión con él.